

=VILLA GRIMALDI

Nubes oscuras preñadas de lluvia y un viento que azotaba el alma. Llegamos, y ya un centenar de personas estaban apretujadas delante de la reja abierta, ninguno entraba.

Alguien me llamó: -"..V ..." - abrazos - "¿Cómo estás? ¡Regia!" -. Otros abrazos, peronas ya olvidadas o irreconocibles. - "Hace más de veinte años ..." -.

Por un altoparlante con voz metálica anunciaban algo que no entedí; pero igual el nudo en la garganta me impidió seguir los "saludos". Me aparté bajo un olmo (algo me protegería de la llovizna fría que comenzaba a humedecerme el ánimo).

- "... para no olvidar y no abrir nunca más. Nadie volverá a cruzar este portón de reja." -.

Al interior del recinto había un palco en medio de un naciente parque, sillas distribuidas como un pequeño anfiteatro. Las personas se acomodaron rápidas y noté algunos representantes del gobierno, un cura, una mapuche. Comenzó un baile con coreografía sobre un tema de Víctor. Miré durante algunos minutos, luego me alejé y con las notas musicales como en un fondo inexacto vagué por el parque. Necesitaba sentir las voces, el dolor, los gritos, las órdenes, el olor de excrementos, cuerpos sucios, carne chamuscada. Otros, al igual que yo circulaban y leí en sus caras no curiosidad, sino la idéntica intención, ya transformada en un sentimiento de horror y de impotencia, que se apoderó de mí.

Noté uno o dos señores, entre cincuenta y sesenta años, caminando como si pisaran cuerpos vivos o copas de cristal que evitasen de romper. Intuí quiénes podían ser: o ex detenidos, o parientes de aquellos que allí padecieron, sufrieron la más grande de las humillaciones. Me alejé de ellos con prudencia, silenciosa, tratando de que no me notaran para no violar su dolor.

En una esquina del parque, en el suelo, rodeado de pasto recién salido, noté cuadrados de pastelones de 1 metro por 1 metro. En cada uno una placa: "Celda de castigos", "Celda de aislamiento", "Celda de la parrilla", "Celda del agua"; a un cierto punto no pude registrar más en mi mente, un sobrecogimiento me impedía caminar, como si estuviese prisionera de mi vergüenza, del estar viva, hacer una vida normal; vergüenza de ser una visita en aquel lugar maldito.

Una voz me sacó de mi inmovilidad:

- "V..., ¿dónde estabas? Te he buscado tanto y no te podía encontrar. Está la ... que te quiere ... etc., etc..". -

Y yo pensé para mis adentros: - "Pero si yo no estaba aquí." .-

Más allá unos paneles con más de 300 fotos y cada una con el nombre, fecha de nacimiento, fecha de detención o desaparición. En muy pocos la fecha de defunción, la mayoría no la tiene.

Sentí música y discursos, ¿habían estado siempre a volumen tan alto? La gente se mezclaba, se desparramaba por el parque. Se saludaban, se abrazaban. Sentí nuevamente las típicas frases pero ya no fui capaz de seguir el ritual. Las nubes se esclarecieron, celeste aquí y allá. Mucho barro, demasiada algazara. Me colgué del brazo de mi hijo y sin ponernos de acuerdo nos dirigimos muy lentamente, con pasos pesados de fango, las suelas de los zapatos manchadas de vejámen, hacia la salida.

Caminamos varios minutos (10 o 15) en silencio; me apoyé a él cansada, vieja, con dificultad de volver a la normalidad que la mayoría anhela. ¿Cuál normalidad? Yo la odio, no existe, no puede existir luego de los genocidios, holocaustos que los humanos "normales" han podido provocar. ¿Cuántos seremos los que no olvidaremos? ¿Quién logrará vivir su "normalidad" si ha olvidado?

V.

Marzo, 1997

Para Andre's, con admiración
M. Verónica Ferrer F.